

Juliana Hermil

## MEDITACIONES BREVES

### DEL VALOR

**N**E ASISTIDO—me decía ayer un amigo, subrayando su relato con una sonrisa—a una escena muy sugestiva. Dos señoras jóvenes, una de las cuales guiaba su coche por las calles centrales, después de una discusión con el guardia del tránsito, hubieron de ir a dar al escuadrón en vez del teatro a que se dirigían. Y allí, delante del oficial, la querrela entre la *chauffeuse* y el carabinero continuó tan agria como había empezado. Se trataba de si había detenido el coche centímetros más acá o más allá de los cuatro metros. Y mientras la señora cedía y la voz del representante de la autoridad alzaba su diapasón, se oyó a la acompañante increpar a su amiga: «Pero, mujer, ¡defiéndete con más ánimo! ¡Parece que tuvieras sangre de horchata! ¡Te creía valiente, pero veo que eres cobarde como un hombre!»

Mi amigo sonreía:

—¡Signo de los tiempos!—concluyó.

—Pues bien—repuse—yo también soy de las que creen que eso del valor de los hombres es muy relativo. Desde luego, me parece que hay dos clases de valor: uno, el que se necesita para las cosas menudas y cotidianas de la vida y que es como la expresión de la confianza que se tiene en las propias fuerzas físicas. Una mujer de tipo corriente no se atreve a aventurarse sola, por ejemplo, en la soledad del campo o de la noche. Es que sabe que sus fuerzas no le alcanzarían para defenderse de un peligro. En cambio, ponga Ud. al hombre en circunstancias tales que lo que necesite sea valentía moral para afrontar una situación difícil, y en nueve casos de diez lo verá muy cobarde. En las penas envejecedoras, en los grandes trastornos de la vida, es a menudo la mujer la que extrae de sus reservas una energía que habitualmente no usa y ella es quien alienta, da esperanzas y sobrelleva con ánimo levantado las pesadumbres. Cuántas veces no ha visto Ud. que un quiebro de fortuna impele al marido al suicidio (que en este caso es paladina cobardía) y la viuda que antes no supo de negocios, recoge las migajas, ampara a sus hijos y toma sobre sí la responsabilidad de sacar avante la familia.

Terció otra persona:

—El otro día—refirió—íbamos al Volcán. Se empeñó en manejar una muchachita muy ufana de su valor. Se atraviesa de pronto una gallina en el camino: «¡Ay!—dijo— ¡la gallina!» Se echó para atrás y soltó las mamos del volante. Si el muchacho que la acompañaba no hubiera sabido guiar habrían tenido que ir a recogernos al fondo de la quebrada.

—Eso no fué falta de valor sino sobra de coquetería. Ella deseaba que el muchacho la amparase. El instinto femenino quiere que el varón sea el fuerte y le da oportunidad para demostrarlo.

—¿Apuntamos eso también a la cuenta de la pusilanimidad de las mujeres?

—¡Claro!

—No. Ud. está anticuada. A la niña modernísima le place mostrar ese coraje cotidiano a que Ud. se refería hace un momento: ese que nace de la confianza en sus propias fuerzas físicas.

—Dice Marañón que es signo de decadencia de la raza eso de que las mujeres se vean precisadas a asumir caracteres masculinos. Cuando la cobardía de los hombres se hace general...

—No. No nos entremos en esos vericuetos...

—El valor—comprendiendo en ese término coraje y valentía—es una virtud rarísima como todas las grandes virtudes. Se la encuentra solo en casos excepcionales. ¿Recuerda Ud. la vida de Spinoza? Para mí el prototipo del valor moral. Y es que el ascetismo es el mejor auxiliar de las resoluciones animosas. Cuando a uno lo coge la molicie, la cobardía comienza. Quienes son incapaces de sobrellevar una vida de privaciones, no pueden darse el lujo de ser valientes. Y esto, amiga, le acontece por igual a hombres y a mujeres.